SOCIEDAD, MOVIMIENTO OBRERO Y LUCHAS FEMENINAS EN EL DISCURSO SOCIALISTA Y ANARQUISTA (1910-1930)

Por Emilio J. Corbière *

Periodista, historiador y abogado. Es miembro de la Comisión Directiva e investigador-asociado de la Sociedad Científica Argentina. Director de la Fundación Juan B. Justo. Presidente de la sección argentina de la Gramsci Society International. O'Higgins 2066, piso 7º, "B" (1428) Buenos Aires. Teléfonos: 4784-8841 y 154-424.9116. E-mail: corbiere@sinectis.com.ar y fundjuanbjusto@geocities.com

El objeto de este trabajo es analizar las causas posibles del declinamiento y total desaparición de la mujer en la dirección de las organizaciones sindicales a partir de fines de los años treinta.

Es cierto que la mujer había tenido hasta 1930 un papel secundario en la dirección de los movimientos sociales y gremiales hasta el golpe militar del general José Félix Uriburu. Sin embargo hubo diversas expresiones que caracterizaron el liderazgo femenino en los sindicatos como fue el caso de Gabriela Laperrière de Coni que encabezó la corriente del "sindicalismo revolucionario" en 1905 y su liderazgo se impuso ante una decena de dirigentes varones muchos de los cuales, a lo largo del siglo, ocuparon cargos de relevancia en el movimiento social, político o gremial obrero.

Pero hubo también otras sindicalistas, agitadoras, dirigentes sociales reconocidas en sus liderazgos y de presencia insoslayable en la acción político-social desplegada por las organizaciones obreras: Tomasa Cupayuolo, Carolina Muzzili, Virginia Bolten, Juana Rouco Buela, Teresa Caporaletti, Elisa Leoter, María Reyes, Violeta García, María Collazo, Marta Newelstein, Juan María Beggino, entre muchas otras.

El caso de la Coni testimonió el rol significativo de algunas mujeres en la política y los sindicatos. Nacida en Burdeos llegó a la Argentina a principios de siglo junto a su marido Emilio R. Coni. Escritora, se enroló en el Partido Socialista y muy pronto sus dotes combativas e intelectuales le hicieron ocupar un lugar en la dirección de esa organización política que, a pesar de sus ideas progresivas, promovió de manera muy limitada a las mujeres en su cúpula dirigente.

Gabriela Coni hasta su temprana muerte fue la líder indiscutida de la corriente del "sindicalismo revolucionario", que se separó del Partido Socialista en 1905, siguiendo su derrotero similar al que aconteció en varios países europeos, animado durante varias décadas a distintas variantes de orientación gremial que recién se apagaron con el advenimiento del peronismo en 1945, o, sus remanentes se integraron en las nuevas prácticas sociales surgidas en la transformación de los sindicatos como organizaciones no artesanales y de masas.

Coincidiendo de alguna manera con el final de la influencia anarquista y el nacimiento de la Confederación General del Trabajo, a fines de 1930, las mujeres fueron paulatinamente perdiendo el papel dirigente en el sindicalismo. El movimiento de liberación femenina tuvo a partir de esa época y hasta ahora un perfil de clase media, incluso en los expresados por las corrientes socialistas y de izquierda.

El peronismo y la presencia política dirigente de Eva Perón, tuvieron una influencia decisiva en la sociedad civil y política, pero no llegó a los sindicatos en cuanto a la reivindicación del rol femenino y de su papel dirigente.

Las organizaciones obreras entre 1930 y 1945, con fuerte implante sindicalista, socialista y comunista, no abrió camino a las mujeres y el peronismo, después de 1946, tampoco rompió esa tradición segregacionista.

Cuando reconstruí la historia de uno de los sindicatos más antiguos de la Argentina, el de los gráficos, y que esa organización publicó con el título *Los gráficos: vanguardia del movimiento obrero argentino*, al cumplirse los 130 años de la fundación de la Sociedad Tipográfica Bonaerense (después Federación Gráfica Bonaerense), realicé un esfuerzo para encontrar mujeres dirigentes o con un papel destacado en la conducción de la organización. Hubo algunos intentos en 1950 y pocos nombres posteriores pero no se puede hablar de que se le haya permitido a la mujer acceder a un espacio propio. Idéntica situación se produjo en otras organizaciones sindicales y en los consejos directivos, confederales y regionales de la CGT, hasta ahora, y las pocas excepciones confirman la regla general que es la de la exclusión de la mujer.

El Partido Peronista Femenino logró un tercio para la representación legislativa a principios de los cincuenta, pero esta transformación no repercutió en los sindicatos de ninguna manera. Todo indica que la tradición antifeminista de socialistas y comunistas en los sindicatos ha sido continuada por el peronismo sin ninguna modificación.

¿Cuáles son las razones de este hecho sociopolítico? ¿Porqué la mujer perdió la escasa inserción en los sindicatos?

Hay también otra coincidencia. La “institucionalización” del movimiento obrero, con el nacimiento de la CGT en 1930, desalojó a la mujer de todo papel dirigente. Entre 1890 y 1920, cuando desde el poder se castigaba a las “organizaciones de resistencia” y a los gremios obreros, a sus dirigentes y cuadros medios, en esa lucha casi legendaria, a la mujer se le permitió ocupar algunas zonas de la organización gremial incipiente. Pero a partir de la “institucionalización” sindical todas las puertas le fueron cerradas a la mujer incluso por los propios compañeros de sufrimiento.

El trasfondo de toda esta cuestión, como lo demostró Celia Amorós Puente en su obra *Mujer: participación, cultura política y estado*, se relaciona al problema del poder político. La mujer ha logrado a escala planetaria los derechos civiles que son generales, pero en el área social concreta -tanto en la conciencia social como en la sociedad, y también en lo individual y personal- se limita o diluye toda posibilidad de acceder a los espacios de poder propios. Esta es y no otra la cuestión en debate y que está ligada a la discusión sobre el papel de los sindicatos como órganos de autogestión social de orientación transformadora, o como corporaciones conservadoras del sistema tradicional, en el sentido al que se refería Antonio Gramsci.

En este marco se hace necesario analizar y revalorizar el discurso político de las anarquistas y socialistas entre principios del siglo XX y los años treinta.

Espontaneísmo y utopía en las mujeres anarquistas y socialistas. 1900-1930

Confieso que en varios de mis trabajos sobre historia social argentina y otros dedicados a cuestiones político-ideológicas, por mi formación política analicé con un criterio fuertemente crítico al anarquismo argentino y mundial. En el análisis global del fenómeno anarquista, en la consideración crítica de los límites que llevaron a esa corriente eminentemente obrera su ocaso y extinción, no he cambiado de forma de pensar.

Hay, sin embargo, dos aspectos que me parecen es importante rescatar de las primeras prácticas sociales anarquistas a la luz de las transformaciones de la sociedad actual y del pensamiento revolucionario. Me refiero al concepto del espontaneísmo, que no es del caso analizar aquí, y la disyuntiva “opresor” y “oprimido” que los pensadores anarquistas -especialmente los colectivistas o comunismo anárquico-, contrapusieron a la contradicción “burguesía” y “proletariado” tributaria del marxismo eurocentrista de mitad del siglo XIX.

La transformación del mundo actual por el impacto de la revolución científico-técnica y la colosal concentración del capitalismo financiero mundial solo comparable con los efectos de la Primera Revolución Industrial -claro está en las condiciones propias de nuestro tiempo-, ha producido un nuevo ordenamiento en la economía, el trabajo, su división internacional, la sociedad, el Estado y la cultura. Se trata de la *integración mundial capitalista*, última etapa del imperialismo, según avizoró en 1946-8 Silvio Frondizi, en su conferencia en el Colegio Libre de Estudios Superiores y su polémica posterior con el comunista Rodolfo Ghioldi.

El resultado más notorio es el surgimiento de enormes masas humanas desproletarizadas y sumidas, especialmente en las naciones periféricas, a la miseria y el sojuzgamiento material y espiritual. Los resultados de este régimen injusto y deshumanizado son el marginamiento social (creación del “ejército de reserva”), la prostitución, el auge de la droga, la destrucción del medio ambiente y la ecología y el dominio y control autoritario de la información y las comunicaciones.

Como contrapartida ha surgido y están desplegándose en las sociedades desarrolladas como en las periféricas atrasadas, nuevos movimientos sociales que tienden a buscar prácticas sociales que las contengan y renueven los principios de la solidaridad y la justicia social, la paz y la liberación humana.

Se tratan de movimientos masivos o particularizados, marginados, habitantes de asentamientos, defensa de los derechos humanos, piqueteros, juveniles, de religiosidad popular, de defensa del medio ambiente, movimientos autogestionarios, o de género como los movimientos de liberación de la mujer, las corrientes feministas, o de

grupos étnicos oprimidos, nacionalidades irredentas, movimientos antirracistas, de búsqueda de la igualdad civil y nuevos inmigrantes.

Es aquí donde me parece que la revalorización de las ideas y experiencias socialistas y anarquistas no tienen un mero sentido de recordación histórica. Los conceptos de “opresor” y “oprimido”, como contradicción actual fundamental, permiten una mejor valorización de la situación de injusticia y deshumanización. Permite un corte horizontal en los movimientos que buscan la liberación social y en la que las contradicciones de clase se mezclan con otras formas antagónicas.

La polémica actual sobre “el desgraciado matrimonio entre feminismo y marxismo” ha puesto en el tapete muchas de las cuestiones previstas en 1921 por la eminente revolucionaria bolchevique Alejandra Kollontai en sus conferencias dictadas en la Universidad Sverdlov de Petrogrado. Es que la realidad es mucho más rica que los mecanicismos dogmáticos que deforman la conciencia crítica y se transforman en nuevas expresiones alienantes.

El desarrollo de las ideas anarquistas y socialistas a fines del siglo pasado, y de la participación de la mujer en el trabajo asalariado, posibilitó y dio base a los liderazgos femeninos en el incipiente movimiento sindical.

El Censo Nacional de Población realizado durante la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento en 1869 registró la existencia de 98.398 costureras; 58.703 sirvientas; 29.176 lavanderas; 19.7165 cocineras; 11.047 planchadoras; 3.313 bordadoras y 1.639 amasadoras.

Las mujeres estaban ocupadas en pequeños talleres o en sus propios domicilios además de cargar con las tareas domésticas y familiares. En el interior del país los gremios más fuertes donde las mujeres predominaban eran el de hiladoras y tejedoras.

El segundo Censo Nacional de Población levantado en 1895 informó que un total de 3.954.911 habitantes en el país, 1.865.992 eran mujeres (47 %) y 2.088.919 varones (53 %) Con la llegada de la inmigración europea los varones aumentaron la proporción ya que una porción considerable de los que llegaban eran hombres sin su prole.

El Informe de Juan Biale Massé, médico español exiliado en el Río de la Plata, destaca la participación de la mujer en el mercado laboral y dice que “en poco tiempo (las mujeres) han invadido los talleres y las fábricas con paso firme, desempeñándose con precisión en muchos oficios que el hombre desempeña de mala gana y con grosería. Las costureras, las planchadoras, las lavanderas y el servicio doméstico son las principales actividades a las que se dedican las trabajadoras. La clase más numerosa la constituyen las costureras. Hace seis años las costureras ganaban en Tucumán 1,50 a 2 pesos y hasta 4. Han llegado al estado de miseria presente de una manera insensible. Se pagaban 3 pesos por la docena de chalecos; se abre un nuevo registro y dice que sólo paga 2,80 porque como empieza y no tiene clientela tienen que ensayar: como hay más costureras que costura, aceptan; inmediatamente los demás registros bajan el precio. Otro ofrece 2,50 y otro 2,20 y así se llega al precio actual de 1,80 con el cual no hay alimentación racional posible para la mujer”.

Biale Massé señala luego aspectos de la combatividad de las costureras, de su intento de manifestación y huelga y de su agremiación. La vida difícil de las costureras era también de las lavanderas, planchadoras, sombrereras y en esa escala, la que peor sufría la miseria era la mujer del artesano, que trabajaba junto al marido, de sol a sol, sin cobrar salario y además debía realizar las tareas domésticas.

Rastreando en aquellos oficios y trabajos de las mujeres puede decirse que las mujeres de campaña eran las más sufridas y que el sacrificio de sus vidas solo finalizaba con la muerte, generalmente prematura. Aislada en la campaña, muchas veces sometidas a la promiscuidad sexual y sin ninguna clase de atención sanitaria la vida de estas mujeres era un verdadero infierno.

Desde el interior del país llegaron los primeros gritos de rebeldía femenina, mucho antes que en los centros urbanos. Fueron las costureras tucumanas, las amasadoras cordobesas y las talleristas rosarinas y santafesinas. A esas rebeldías se sumaron después las lavanderas porteñas, las trabajadoras de la industria del fósforo y las empleadas del gremio telefónico.

En Rosario (Santa Fe) se advierte la presencia de las mujeres anarquistas, destacándose Virginia Bolten, llamada la *Luisa Michel rosarina*, por su coraje personal, sus dotes de oradora y su militancia abnegada. Justamente la Bolten fue la oradora del acto obrero del 1o. de Mayo de 1890, el primero en conmemorar el Día de los Trabajadores, que

se realizó en el Prado Español porteño, con el auspicio de la Federación Obrera, la primera central de trabajadores argentina.

Los socialistas organizaron a principios de siglo a las empleadas de comercio a través del primer comité gremial femenino. El primer congreso de la Unión Gremial Femenina liderada por una notable agitadora social, Cecilia S. de Baldovino.

Sobre la presencia de la mujer en las organizaciones sindicales tempranas y alguna influencia en el área política, tal vez esta sea una de las razones por las que Gabriela Laperrière de Coni integró la cúpula del Partido Socialista y se constituyó en el referente del “sindicalismo revolucionario” soreliano, puede decirse que en su fundación, el PS estaba constituido sobre las bases de los sindicatos y las agrupaciones “políticas” y que ambas competían en la estructuración del partido.

La fundación del PS en 1896 muestra que la mayor parte de sus delegados provenía del ala gremial y esa situación se mantuvo hasta 1918. Era similar a la de otros partidos europeos, como el español o el laborismo británico íntimamente relacionado con la Trade Union. En 1918 la situación se modificó a raíz de la crisis de los “socialistas internacionales”, que se habían hecho fuertes en la Comisión de Propaganda Gremial del PS y que darían origen a la escisión de los comunistas.

En el Congreso de Avellaneda del PS de 1918, Juan B. Justo afirmó una política que colocó a los sindicatos en un ghetto en relación con el partido, afirmando aquella consigna que decía: “política en el Partido, acción económica en las cooperativas y acción gremial en los sindicatos”.

Esta orientación fue nefasta porque rompió la relación entre el PS con los sindicatos y tuvo como resultado que los “políticos” fueran los referentes exclusivos en cuanto a la dirección del partido y de la orientación parlamentaria. Un cuarto de siglo después el peronismo arrasaría fácilmente con el socialismo en los sindicatos porque, entre otras razones, no existía “politización” gremial socialista en las organizaciones sindicales.

Esta exclusión de los sindicalistas dentro del partido también tuvo efectos en los cuadros femeninos de extracción gremial que tuvieron que retraerse y fueron muy contadas las mujeres socialistas obreras las que accedieron a una presencia en las estructuras del PS, como fue el caso de la Beggino. En cambio, las mujeres de extracción media, dedicadas al feminismo no partidario -como el caso de Alicia Moreau de Justo-, pudieron insertarse en la vida de la organización, pero aún así, fueron contadas.

La Moreau de Justo con la agudeza que la caracterizó toda su vida, solía referirse al fenómeno en los últimos años y sostenía que fue reconocida políticamente en su ancianidad, cuando ya no significaba alguna competencia alguna por los cargos políticos, legislativos o partidarios.

Volviendo al itinerario de la lucha femenina en las primeras décadas de nuestro siglo, hay que hacer notar que las mujeres estuvieron en la primera fila de la lucha reivindicativa y agitativa. Jacinto Oddone y Enrique Dickmann se refieren al ensañamiento de la policía durante los primeros de mayo sangrientos contra las columnas de mujeres obreras con sus hijos.

Ya en 1896, las mujeres anarquistas, pertenecientes a la primera oleada ácrata, la de los “anarquistas individualistas”, publicaban *La voz de la mujer*, precursora de la prensa femenina. Denunciaba la doble opresión -vale destacarlo- del capitalismo y del patriarcado. La publicación discutía también las actitudes de sometimiento que sufrían las mujeres trabajadoras, incluso de sus compañeros de ideales anarquistas o socialistas dentro del hogar. El anarquismo individualista, como después el “anarquismo colectivista”, también conocido como bakuninista o anarcocomunista, o comunismo anárquico, propagandizaba el “amor libre” como lo testimonia el relato *Un episodio de amor*, que refería una experiencia colectivista en una colonia anarcocomunitaria al sur del Brasil.

Una de las primeras de lucha femenina en Buenos Aires se remonta a enero de 1888 cuando se produjo una huelga de domésticos cuando se quiso imponer una libreta de trabajo obligatoria. En 1896 la Sociedad Cosmopolita de Obreras Costureras lanza un manifiesto donde plantea sus reivindicaciones sociales y laborales junto con las específicas de género.

En el Partido Socialista, a fines de siglo, comienza a difundirse las ideas de Augusto Bebel y Federico Engels en torno de la cuestión femenina y los temas vinculados a la familia y la liberación sexual, particularmente en el libro

sobre la mujer que escribió Bebel. Reivindicaciones para la mujer trabajadora son incluidas en la propaganda del Club Vorwarts de Buenos Aires.

Durante el año 1900, en las páginas de *La Vanguardia*, el órgano de prensa del PS fundado en 1894 por Juan B. Justo, aparecieron artículos donde se analizó el papel de la mujer en la sociedad y la necesidad del establecimiento de la igualdad de derechos y la profunda reforma de la legislación civil anacrónica. Alfredo L. Palacios, Justo y Enrique del Valle Iberlucea, junto al médico higienista Angel M. Giménez se constituirían en el Parlamento, en el área de la salud y en la lucha cultural, como los baluartes de la transformación del derecho, la legislación, las costumbres y la cultura, a favor de la mujer.

En su calidad de inspectora honoraria de fábricas y talleres, Gabriela Laperrière de Coni presenta a la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, varios informes a favor de los derechos de la mujer. Fue en ese marco de movilización de las mujeres socialistas y anarquistas que la Coni accedió a un cargo en la dirección del PS y luego alentó encabezando su jefatura, al llamado “sindicalismo revolucionario”.

El 1º de mayo de 1902 fue creado el Centro Socialista Femenino, cuyos objetivos no eran sólo político-sociales, sino que dedicaba sus esfuerzos en alentar la liberación integral de la mujer.

Ese Centro Socialista Femenino fue uno de los primeros mojonos de un amplio movimiento de recreos infantiles, escuelas populares para la mujer y otras organizaciones que el PS creó y mantuvo durante décadas y una de cuyas cabezas fue la socialista Fenia Chertkoff. Trabajaba a la par de Fenia su hermana, Mariana, la primera compañera de Juan B. Justo; la sombrerera Juana María Beggino, gran oradora; Carolina Muzzili y tiempo después Alicia Moreau de Justo.

En 1903 los conflictos de las planchadoras y cigarreras encrespaban la lucha social. En 1906 se produjo una huelga de las fosforeras y al año siguiente otra de las modistas. Fueron mujeres las cabecillas del movimiento huelguístico de los inquilinos, producido en 1907, entre ellas la anarquista Juana Rouco Buela, ya que eran las mujeres las que se quedaban en el hogar durante las faenas de sus compañeros, al cuidado de sus hijos.

Luego del Centro Socialista Femenino (1902), de la Unión Gremial Femenina (1903) fueron apareciendo el Centro Feminista (1905), el Centro Femenino Anarquista (1907) y la Sociedad Unión y Labor (1909). En 1907, Palacios logró la sanción de la Ley N° 5.291 reguladora del trabajo de la mujer y los menores en las fábricas.

A partir del Centenario aparecen otras organizaciones de mujeres procedentes de las clases medias y altas, de los cenáculos universitarios e intelectuales que también impulsan propuestas favorables a los derechos de la mujer. La Muzzili, obrera autodidacta, dirigió hasta su muerte en 1917 el periódico *Tribuna femenina*. Años después, a partir de 1933, el Partido Socialista rescataría esta tradición periodística feminista publicando la revista *Vida Femenina*, revista de la mujer inteligente, dirigida por María Luisa Berrondo.

Límite de una experiencia y sus enseñanzas

A principios de los años veinte, dos maestras mendocinas encabezaron la huelga docente. Se trataba de Florencia Fosati y Angélica Mendoza. Ambas dirigentes sindicales se unieron al Partido Comunista. La “negra” Mendoza tuvo un meteórico crecimiento político, no sindical. Fue, primero, la cabeza política e ideológica de la oposición de izquierda dentro del PC y luego líder de la corriente disidente de extrema izquierda denominada “chispistas” (con relación al nombre de su órgano de prensa denominado *La Chispa*). Fue separada en 1925 con otros dirigentes y militantes del PC quienes formaron el efímero Partido Comunista Obrero en representación del cual fue la primera mujer argentina candidata a la presidencia de la Nación, en 1928.

Una mención especial merece Micaela Feldman, compañera de Luis Hipólito Etchevehere. Animaron entre los años 1919 y 1922 la revista *Insurrexit* Ambos pasaron por el PC pero contrarios al estalinismo renunciaron para ir a España a luchar en la Guerra Civil como combatientes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) en Barcelona. Etchevehere murió combatiendo y “Mika”, como la llamaban cariñosamente, lo sobrevivió a Hipólito hasta 1992, año que falleció en París. “Mika” fue la “abuela” del trotskismo internacional.

Otras mujeres que se destacan en la corriente del trotskismo argentino son Rita Galup, Mirta Henault, Nora Ciapponi y la legendaria “Mecha”, esta última perteneció a la primera etapa del movimiento, integrando la Liga Obrera Socialista (LOS). En la época de *Palabra Obrera*, donde se unían trotskistas con “peronistas de la

resistencia” (1957-1960), perteneció a esa tendencia, Alicia Eguren de Cooke. Alicia dirigió, años después, *Nuevo Hombre*. Fue secuestrada y asesinada por la dictadura militar videlista..

Para fines de los años veinte ya se notaba el reflujó en cuanto a la participación de las mujeres en la lucha sindical. El último acontecimiento de magnitud ocurrió en diciembre de 1928 y agosto de 1929, con la movilización de las empleadas del servicio doméstico por aumento salarial y la jerarquización de su labor. El movimiento fue inspirado por mujeres afiliadas al Partido Comunista lo cual sirvió para que el gobierno las persiguiera con saña, prohibiera sus movilizaciones y detuviera a sus dirigentes.

En señal de protesta la Federación Obrera local realizó un paro general el 27 desetiembre en solidaridad con las detenidas. Dos meses después el movimiento concluyó -dice la investigadora María Cristina Vera de Flachs-, cuando 35 familias firmaron el pliego de condiciones con lo que la situación de algunas empleadas mejoró considerablemente.

Demás está decir, que las organizaciones comunistas tampoco promovieron a mujeres en sus cuadros sindicales. Eso lo testimonia la lectura de las nóminas de dirigentes de los llamados Comités de Unidad Clasista de los años treinta o del Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS), desde fines de la década del cincuenta hasta la dictadura del general Juan Carlos Onganía.

Esto no quiere decir que los comunistas no promovieran mujeres en la faz política y en la lucha clandestina. Entre esas mujeres se destacaron Ida Bondareff de Kantor y su hija Lila Bondareff (Lila Guerrero, compañera de Víctor Sommi); Sofía Nenseff, Sara y Elena Koifman, Emma Udvarz de Boer, María Luisa Carnelli, Berta Lodner, Nydia Lamarque, la legendaria Julia Coral (Julia Fitz de Jaselman), Carmen Alfaya de Ghioldi, Luisa y Jaima Leiserson, Alcira de la Peña, Irma Othar y Fanny Edelman.

Lo cierto es que el movimiento femenino obrero y sindicalista que se había caracterizado por su empuje en las primeras décadas, comenzaba a decaer.

En su lugar, surgió con mucha fuerza el movimiento feminista reivindicativo. En 1907 se había realizado el primer Congreso Feminista del Comité Pro-Sufragio Femenino, del que participaron Alicia Moreau, Elvira Rawson de Dellepiane, Sara Justo y Julieta Lanteri. Entre esas mujeres había una socialista, talentosa escritora e inteligente impulsora de la educación sexual, fallecida prematuramente. Se llamaba Raquel Camaña. José Ingenieros incorporó dos de sus libros a la colección “La Cultura Argentina”, con los escritores clásicos nacionales. Ese Centro Feminista de Buenos Aires estableció contacto con las uruguayas Paulina y Clotilde Luisi, estrechando los vínculos de las mujeres rioplatenses.

En 1919 se fundó la Unión Feminista Nacional, incorporándose Julia García Games. Los puntos programáticos de esa organización eran los siguientes: “1º) cooperar en todo lo que signifique perfeccionamiento físico, intelectual y moral de la mujer; apoyar toda obra que tienda a capacitarla en su acción social; 2º) trabajar por la emancipación de la mujer en la familia y en la sociedad; en consecuencia iniciará y propiciará movimientos tendientes a modificar las leyes que traban a la mujer en su acción individual, colocándola en situación inferior al hombre; 3º) cooperar en toda obra que contribuya a facilitar y mejorar el trabajo femenino, basándose en el principio ‘a igual trabajo, igual remuneración’; 4º) tender a centralizar los esfuerzos hechos en favor de la emancipación femenina propiciando la organización de una federación de centros y 5º) propender a la formación de comités en el interior de la República que respondan a los mismos fines. Mantendrá con tal motivo relaciones con asociaciones extranjeras de igual índole”.

Un año antes había surgido la Asociación pro Derechos de la Mujer, de la que participaban médicas, abogadas, maestras, profesionales, doctoras en filosofía e intelectuales como Alfonsina Storni, Adelia de Carlo y Emma Day. La Asociación se declaraba prescindente de sectarismos políticos, sociales y religiosos. Lograron afiliar a casi once mil mujeres y realizaron un intenso trabajo proselitista tendiente a lograr el derecho de voto para las mujeres.

En 1920 dos mujeres se presentaron como candidatas a diputadas, por el Partido Socialista Alicia Riglos de Berón de Astrada y por el llamado Partido Feminista Nacional, la doctora Lanteri. Desde esos años el feminismo procedente de los sectores medios fue desarrollándose con algún éxito, pero los movimientos de mujeres obreras fue decreciendo hasta desaparecer.

El impacto de la Revolución Rusa había conmovido a muchos anarquistas que se pasaron al comunismo como lo relata un documentado libro de Vidal Mata titulado *La verdad sobre Rusia* (1930) editado por la Alianza Libertaria

Argentina. Otros, desde 1922 se habían integrado, decepcionados del ‘espontaneísmo de las masas’, pregonado por los anarquistas, a la Unión Sindical Argentina (USA), junto a socialistas y sindicalistas. La FORA anarquista vio decrecer paulatinamente sus afiliados. En 1923, al IX Congreso asistieron 11 federaciones locales, 4 comarcales y 5 provinciales, pero en el X Congreso de 1928 las federaciones se redujeron a 8, 1 y 3 respectivamente, y las sociedades a 75. No por ello disminuyó la acción de sus dirigentes aferrados al ‘universalismo cosmopolita’ y se expulsaron a grupos importantes como los de *La Antorcha*, *Pampa Libre* e *Ideas*.

La huelga general por el asesinato de Kurt Wilckens y las campañas por la vida de Sacco y Vanzetti y por la liberación de Simón Radowitzky revitalizaron algo al movimiento anarquista en los años veinte. También estuvieron presentes, junto a los comunistas, en la huelga insurreccional del 1936, en Buenos Aires. Muchos anarquistas argentinos y de todas partes del mundo nutrieron las brigadas internacionales que fueron a combatir junto a las fuerzas republicanas en la Guerra Civil Española. Pero lo cierto es que el anarquismo tendía a decrecer en sus fuerzas en tanto se desarrollaban los socialistas, los comunistas y los trotskistas.

El crecimiento electoral del PS, el desarrollo incipiente del PC, las nuevas articulaciones sindicales, fueron desplazando a los libertarios en el movimiento social argentino y también mundial. El anarquismo no advirtió que las masas argentinas comenzaban un lento proceso de nacionalización e integración al país y su discurso cosmopolita, hijo de la inmigración masiva de fines y principios de siglo, no hallaba eco en importantes sectores del pueblo trabajador.

En 1930, el golpe militar uriburista les dio el tiro de gracia. Todavía no se ha escrito, salvo los trabajos de Osvaldo Bayer y algunos apuntes de mi querido amigo Fernando Quesada, sobre los aspectos brutales del exterminio físico de los anarquistas en 1930. Toda la violencia del sistema cayó sobre ellos y sus mártires otra vez abonaron la lucha social argentina.

Con ellos no solo desaparecían sus aspectos dogmáticos, sus ilusiones utopistas y su cosmopolitismo abstracto. Pero con aquellos anarquistas también se iban muchas ideas humanistas, de liberación cultural, social, sexual, de organización obrera y de la búsqueda porfiada por nuevos espacios de libertad e igualdad.

No es casual que el decrecimiento de la organización y combatividad de las mujeres obreras coincida con la desaparición del anarquismo aunque no es atribuible a ese solo hecho la causa del reflujó combativo del sindicalismo femenino.

Algunas conclusiones

Haciendo un balance de lo hasta aquí expuesto, se pueden extraer algunas conclusiones provisionales.

1º) La “institucionalización” del movimiento obrero, a partir de la fundación de la CGT a fines de 1930 significó para la mujer trabajadora la pérdida de toda posibilidad de liderazgo sindical que pasó a depender de sus compañeros varones.

2º) El ocaso anarquista, aun con los límites políticos del movimiento libertario, privó a las mujeres obreras de un cauce social y de una ideología que partía del concepto de “opresión” mucho más rico, para incorporar la cuestión de género que la contradicción “burguesía” y “proletariado”, ya que permitía advertir las contradicciones de género dentro de la clase social.

3º) Con la desaparición del anarquismo como movimiento inserto en las masas trabajadoras, las mujeres obreras perdieron al único movimiento de izquierda que las había defendido de manera integral, esto sin dejar de reconocer el papel progresista de otras corrientes socialistas y de la izquierda en general.

4º) El peronismo no logró en el campo sindical revertir esta situación de injusticia a pesar que el ejemplo formidable de Eva Perón había logrado cambiar los términos del disenso en la esfera de la sociedad civil (derecho al voto, reformas en el derecho de familia sobre hijos y divorcio vincular; un tercio de representación femenina en la representación legislativa a través de la acción del Partido Peronista Femenino).

5º) El avance de la mujer en la reivindicación de sus derechos y su afirmación de vida personal y social, no ha llegado al campo de los sindicatos, donde las mujeres, salvo muy escasas excepciones, están relegadas e ignotas “comisiones de la mujer” u organización de eventos sociales y recreativos.

6º) Es más, todo indica que su situación se ha agravado en los últimos años y por ello debe merecer una especial atención.

Perspectiva del debate

La evolución social de la mujer en las dos últimas décadas del siglo XX, su nueva inserción social, cultural, política y económica es uno de los hechos transformadores que ha otorgado en muchos aspectos su liberación individual y colectiva, aunque no se han superado todavía prejuicios anacrónicos y formas de discriminación. La reconversión económica hija del neoliberalismo conservador y los cambios científico-tecnológicos, están desplazando del campo laboral a enormes masas humanas, tanto en los países centrales como en los periféricos.

En el caso de las mujeres, la llamada revolución conservadora reaganiana de los años ochenta, las instó a retornar al hogar, desplazándola de la producción. Esto configuró un nuevo drama social que, mediante la hiperdesocupación (constitución, como señalé, de un nuevo “ejército de reserva” laboral), para la mujer significó un doble castigo, como trabajadora y como mujer.

Por un lado, es la primera en sufrir el desplazamiento de los puestos laborales en las fábricas, en las empresas industriales y en menor escala, en los servicios. Por otro, como ama de casa o jefa de familia, tanto en las clases obreras como medias bajas, y ahora también en otras capas más altas de los sectores medios, sufre el impacto de la pauperización económica, la segmentación social -pérdida de la solidaridad, ruptura de las familias-, y carece de voz en los estratos políticos sindicales para hacer llegar sus reclamos de género dentro del cuadro de la crisis de comienzos de siglo.

Los nuevos movimientos sociales, sean movimientos feministas o de mujeres, salvo muy pocas excepciones y en general meramente ideológicas, no han dado respuesta de masas para superar la falencia.

Bibliografía:

- *Memorias de un militante socialista*, por Enrique Dickmann
- *Historia del Socialismo Argentino*, por Jacinto Oddone (dos tomos)
- *Gremialismo Proletario Argentino*, por Jacinto Oddone
- *El Nuevo Derecho*, por Alfredo L. Palacios
- *La Fora*, por Diego Abad de Santillán
- *El Primer Periodismo Obrero y Socialista*, por Dardo Cúneo
- *Historia del Movimiento Sindical*, por Rubens Iscaro (cuatro tomos)
- *Historia del Movimiento Sindical Argentino*, por Sebastián Marotta (tres tomos y un apéndice)
- *Historia del Movimiento Obrero*, por Julio Godio (dos tomos)
- *Historia del movimiento obrero y sindical*, por Alfredo López
- *Historia del Trotskismo Obrero e Internacionalista*, por Ernesto González (cuatro tomos)
- *El trotskismo en la Argentina*, por Osvaldo Coggiola (dos tomos)
- *Estrategia revolucionaria. Lucha por la unidad y por la liberación nacional y social en la América latina*, por Quebracho (Liborio Justo)
- *La verdad sobre Rusia*, por Vidal Mata
- *La huelga de 1936*, por Nicolás Iñigo Carrera
- *Los gráficos: vanguardia del movimiento obrero argentino*, por Emilio J. Corbière (En el 130º años de Sociedad Tipográfica Bonaerense, después Federación Gráfica Bonaerense)
- *Orígenes del comunismo argentino (La fundación del Partido Socialista Internacional)*, por Emilio J. Corbière
- *El marxismo de Enrique Del Valle Iberlucea*, por Emilio J. Corbière
- *La polémica Penelón-Marotta (Marxismo y sindicalismo soreliano)*, por Hernán Camarero y otro. Prólogo sobre el “sindicalismo revolucionario” de Emilio J. Corbière
- *La Internacional Comunista en la Argentina (Los Archivos de Moscú)*, por Emilio J. Corbière, artículos en las revistas *Desmemoria* y *Todos es Historia*. Sobre el mismo tema ver trabajo de Daniel Campione en revista *Periferias*

- *El mito de la globalización capitalista. Socialismo o barbarie*, por Emilio J. Corbière (documento de trabajo interno de la Fundación Juan B. Justo, tercera actualización, julio del 2001)
- *Entrevista a Alicia Moreau de Justo*, por Emilio J. Corbière (Archivo Oral de la Fundación Juan B. Justo)
- *Micaela Feldman. Murió una mujer de lcuha*, por Emilio J. Corbière, en *El Cronista*, pág. 12, del 23 de diciembre de 1992.
- *La Realidad Argentina*, por Silvio Frondizi (dos tomos)
- *¿Qué es el socialismo?*, por Alicia Moreau de Justo
- *Carolina Muzzili*, por José Armagno Cosentino
- *Bibliotecas y cultura obrera a principios del siglo XX. El Centro Socialista Femenino, 1902-1916*, por Bárbara Raiter (Conferencia, 28-9-1999, Biblioteca del Congreso de la Nación, "Bibliopress", N° 6)
- *Mujer: participación, cultura política y estado*, por Celia Amorós Puente
- *Hacia una nueva moral sexual*, por Alejandra Kollontai